

grandioso é invulnerable, al fin y al cabo, abríase paso, en medio de las sombras, hasta brillar en los espacios con luz refulgente y viva. En noche memorable en que el cielo derramaba sus pálidos fulgores sobre los bosques de nuestra América, una voz augusta como la del Juez Supremo en el Apocalipsis, atravesó los aires en gigantes y soberbias ondas. Por esta voz, señores, se expresaba, á no dudarlo, toda la América Española. Al su sonoro acento, que así tocó á las puertas de las humildes chozas como á las cimas de los más elevados montes; que así repitieron las sabanas de Sur América comò las cúspides ardorosas de los volcanes, despertóse de súbito la raza conquistada, y aún no disipadas las brumas de su sueño de tres siglos, lanzóse valerosa á la pelea. En vano se opusieron al invencible empuje diques ya gastados y sin fuerza. En todas partes surgía la contienda, y las cenizas de unos mártires eran vida de nuevos defensores. El desastre se entretrejía con la victoria, el crimen con la virtud; pero en el oleaje cambiante de la pelea irradiaba siempre la idea de la Patria. Demasiado inveteradas eran las costumbres, demasiado arraigados estaban los intereses, eran ya seculares los hábitos, para que fuese necesario contrarestarlos con penas las más duras, con martirios los más sangrientos, con sacrificios los más aterradores. Días luctuosos sobrevenían, días como aquel triste de la batalla de Calderón, en que esparcidos aquí y allá los últimos destrozados restos del grande ejército de Hidalgo, parecía que el hado adverso, entre las nubes de humo del combate, había escrito el epitafio de nuestra comenzada Independencia. No obstante, la idea que vive en el espíritu, libre y sin temor como el águila en las inaccesibles cimas, agitaba orgullosa sus alas aun en medio del desastre. Verdad es que más tarde caían en Chihuahua rendidos por la inmensa pesadumbre de la fatiga los primeros caudillos

de la Patria. Mas ¿qué importaba la muerte de un Hidalgo y de un Allende, si á continuar la pelea corrían presurosos Rayon, Morelos, Bravo é Iturbide? ¿Cómo había de morir, cómo no había de triunfar la causa consagrada con tanta sangre heroica y defendida tan á porfía en todas partes? ¿No eran acaso los esfuerzos de nuestros padres seguidos por Miranda y por Bolívar en Colombia, por S. Martín en Buenos Aires, por Puyrredon y por Francia en Paraguay y por Morazan en Centro América? El destino era cierto, señores, y sólo podían dilatar su cumplimiento la anarquía y el desorden por doquiera reinantes.

Las sombras de Cortés, Alvarado y de Olid habíanse perdido en la noche de la historia y ahora eran héroes los vencidos de otra edad. No hubieran bastado cien victorias para galvanizar siquiera una institución que se caía, opuesta como era á los reclamos de la revolución universal. La conquista había ya cumplido sus levantados fines, y si en otro tiempo, á causa de ellos, habíanse quemado las naves, ahora estaban prontas y empavesadas para llevar de nuevo á España á los conquistadores. ¿Qué más? El último Virey se asociaba á Iturbide en el gobierno, al notar que Nueva España no podía ser ya sino nación independiente. La civilización española había ya cumplido las miras de la Providencia, y era ya tiempo de que se empleara en otras y más necesitadas razas.

Mas en ninguna parte, señores, como entre nosotros donde la Independencia hubiera triunfado con su indispensable corolario la libertad en sus variadas manifestaciones, habría de luchar con tantas asperezas, habrían de ser tan resistentes y rehacios los obstáculos para conseguir la pública felicidad. El Atlántico, señores, no había sido para nosotros sino inmenso lago de hielo, que pocas veces rompían las naves de la civilización; aquella corriente de luz que surcaba la agitada Europa, como marcha de es-

trellas en medio de las sombras, disipábase de repente á los primeros vislumbres en nuestro suelo. Viejos monumentos, como negros atalayas, cerraban el paso á las grandiosas revelaciones con que justamente orgulloso se presentara en el tiempo nuestro siglo. Así que, apenas firmada para siempre en Iguala la tan empeñadamente sostenida Independencia, parecía que aún no habían sido vencidos en innumeradas batallas aquellos elementos á cuyo auxilio se perpatuara la dominación española, y que, como mónstruos insaciables, parecían querer ahogar en su cuna nuestras nacientes libertades. Esta supervivencia de muchos de los antiguos usos, de innumerables de los antiguos vicios debe solamente explicar por qué nuestra joven patria nacida ayer, producida, como chispa, por las antiguas instituciones en su terrible choque con las modernas ideas, fué arrullada en sus comienzos por la gritería y el estruendo de la guerra y ha marchado hasta el presente, nave sin lastre, arista con que juega el huracán, entre tempestades y agitaciones sin número.

Pero basta de esto, señores, que si muy verdadero, no debe por ello culparse á la nación española, y si he apuntado sus errores y celebrado nuestra victoria, nobleza es que me apresure, para concluir, á reseñar, siquiera sea á la ligera, los beneficios que por otra parte, próspera, derramara sobre nuestro suelo. Yo sé que en este día, y lo digo con tristeza, muchos espíritus se exaltan al sólo recordar el nombre de España. Nada más injusto, sin embargo. Nuestras son también todas sus glorias y todas sus brillantes conquistas. A ella debemos esta sangre latina que circula, como savia hirviente, por nuestras venas. Nuestros labios pronuncian la sonora habla castellana, en que se explicaran Cervantes y Lope de Vega. Ahogue nuestra generosidad en los senos del olvido todos los horrores de la conquista y las negras som-

bras de la dominación colonial. Al afán de sus marineros surgió de súbito, como si se descifera de su manto de azuladas ondas, vestido de flores y coronado de volcanes, que á manera de centinelas le guardaban, el soñado y maravilloso mundo de Colón.

España debía, para impedir la estagnación de la historia y después de haber ungido el patrio suelo con la sangre de sus hijos para lavar las manchas de la dominación mora, repartir en ignoradas tierras la savia de su vida, que abundosa rodaba por sus venas. Sobre las ruinas de los antiguos, oscuros *teocallis*, por donde andaban errantes, pidiendo venganza y exhalando desgarradoras quejas, las sombras de mil víctimas inmoladas para apagar la insaciable sed de humana sangre, que á los dioses de piedra se atribuía; sobre aquel laberinto de calles y mercados que convierte á las ciudades del Asia en perpetua confusa encrucijada, levantó airosos monumentos, magestuosísimas Catedrales, por cuyos vidrios de colores penetra á torrentes la luz de la naturaleza y va á quebrarse en variados matices al pie de los altares cristianos.

A aquel culto material y sanguinario, que estremece de espanto á la posteridad con su recuerdo, substituyó el tranquilo é incruento del mártir del Calvario, de cuyas aras, entre los arreboles y las ondulantes espirales del incienso, al dulce y triste són del órgano, como el canto del arrepentimiento, parten hasta el trono de Dios, entre el coro de los festivos ángeles, las sinceras oraciones del espíritu. Ella levantó también, sobre aquella indiferencia cruel por la vida humana, asilos y hospitales á cuya sombra fueran á libar consuelos y encontrar remedio los desamparados y los débiles. El monumento inmortal de la legislación de Indias muestra, sin asomo siquiera de duda, cómo los Monarcas de España aseguraban á los naturales contra la saña de los conquistadores.

Y cuando las artes habían vuelto á desplegar su

hermoso vuelo; cuando la muerta Grecia parecía haber infundido nuevo soplo de vida á las cenizas de sus genios, que no pudiendo respirar en la caliginosa atmósfera de la servidumbre, iban á cantar á la gloriosísima tierra de España, nosotros tuvimos también poetas como Alarcón y Sor Juana, pintores como Echave y Cabrera, escultores como Cora y Tolsa, y arquitectos como Tres-Guerras.

Nó, señores, jamás nuestros labios pronuncien palabras á España adversas, y más que á España, á los intereses de la historia y á los reclamos de la justicia. Los humanos propósitos jamás á la perfección alcanzan, y en aquellos siglos de turbaciones incessantes, de guerras sin cuento, siglos que pudieran llamarse de descomposición de la historia, habían por necesidad de ser defectuosos los designios, y lo que es indudablemente histórico, peor cumplidos. ¿Y esto nos exalta? No de otra suerte han procedido siempre las naciones que conquistan. ¿Habrá de culparse á España por no haber exterminado la raza indígena, como lo hicieran aquellos emigrados de Inglaterra? ¿Pudiera España darnos, si le faltaban, acertada administración, política liberal, pujante industria? Seamos justos al juzgarla. Como ella en el siglo XVI, han obrado, á los resplandores del siglo XIX, Francia en Argelia, Inglaterra en la India y en la China.

Mas todo ha ya pasado, señores, envolviéndose en la noche de los siglos, y debe, más que á los hombres, culparse por ello á la desgracia de los tiempos. En vuestros pechos, que respiran ya, gracias á la evolución del progreso, el aire benigno de la libertad, no deben caber odios ni envenados alientos. Nuestra Patria, libre en el concierto de las naciones, debe contribuir con todas á la victoria de la civilización. A España nos ligan todos nuestros recuerdos y toda nuestra historia. Españoles eran aquellos diputados que en las Cortes de Cádiz levantaron á tan gran altura nuestra

Patria, que ya no parecía sino que la misma España anhelaba nuestra Independencia. Ninguno de vosotros, en cuya memoria vivan aún los extragos de la última invasión, puede olvidar que España hirió de muerte, en sus comienzos, la coalición tripartita con la honrosa retirada del Gral. Prim, tras del cual, como ilustre precursor, habían de venir aquellos heroes que desde Puebla hasta México y desde Sinaloa hasta Querétaro recorrieron el patrio suelo, llevando siempre uncida á su carro de guerra la victoria.

He concluido, señores. Con temor he reseñado las glorias de mi Patria, y sólo la confianza en vuestra benevolencia ha podido sostener mi natural flaqueza y dar ánimo á mis débiles fuerzas.

¡¡¡Mexicanos!!! Rotas á vuestras plantas todas las cadenas; abiertos á vuestro afán de progreso todos los horizontes; teniendo al rayo por mensajero de vuestras ideas y al vapor por obediente servidor de vuestros intereses; extendiéndose á vuestra vista campos hermosísimos que el arado no ha roto aún; abarcando en vuestro privilegiado suelo los climas más variados; habiendo demostrado al mundo que en nuestro vírgen y agreste suelo se ahogan todos los despotismos y no pueden vivir los gobiernos extranjeros, no teneis ya motivos para empeñaros en nuevas contiendas. Al recordar que nuestros padres, entre congojas y martirios sin número, luchando con los hombres y con las asperezas de la rebelde naturaleza, pudieron al fin asegurarnos la patria independencia; no debeis malgastar sus heroicos sacrificios, preparando de nuevo con vuestros desórdenes y anarquía la venida de algún conquistador. No imiteis á Polonia, que despedazada por los garfios de incessante guerra civil, presentó sus entrañas moribundas y palpitantes á las naciones de Europa.

Yo no oculto que muchas de nuestras revueltas han sido necesarias y aun útiles, pues rompiendo las

sombras de nuestra vida, han pintado auroras de felicidad en las lontananzas del porvenir. Pero es mejor la paz. Cesen ya de rugir las bronceadas fauces de la guerra. No troqueis, otra vez, la serenidad de vuestro hogar y las complacencias de vuestras cotidianas tareas, por los azares y los sufrimientos del campo de batalla.

Y vos, Señor (*dirigiéndose al Presidente de la República*), á quien el entusiasmo de un pueblo elevó á tan notable altura, que habeis merecido ser llamado segundo Hidalgo, pues recabasteis el patrio suelo por extranjera gente profanado, nunca hubiérais razón más oportuna para afirmar la prosperidad de la República. Que vuestro gobierno sea incontrastable muro en que se rompa el oleaje revolucionario. Ninguna de vuestras espléndidas victorias, ninguno de vuestros admirables heroismos será tan celebrado y agradecido por la posteridad, como el haber empezado la reparación de nuestra patria mártir.

¡¡¡MEXICANOS!!! Vuestros padres, habiendo llevado hasta el milagro el heroismo, y con las heces de la más amarga decepción en los labios, se hundieron en la sima de la muerte, dejándoos la Patria que os faltaba: con el bautismo de su sangre pudisteis presentaros, regenerados, en la constelación de las naciones. Ahora á vosotros sólo pertenece merecer tamaño beneficio y haceros felices por medio de la paz y del trabajo.

(Aplausos en todas partes).

## DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL PANTEON DE SAN FERNANDO

# EL DIA 5 DE MAYO DE 1881